

8 LOS HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN VALBENOÎTE ABANDONO DE LA SOCIEDAD DE LOS MISIONEROS DE LVON

El Pieux-Secours respondía satisfactoriamente a los deseos del P. Coindre pero los niños seguían dirigidos por maestros seculares quienes, además de percibir un sueldo, no siempre eran modelos de entrega. Es decir, no ofrecían verdaderas garantías para las necesidades religiosas y morales del grupo. Por ello, para realizar los anhelos de su corazón, mantenidos en secreto durante algunos años, el P. Coindre se decide a fundar una congregación religiosa de hombres, dispuestos a consagrar toda su vida a la educación cristiana de la juventud y a su propia perfección. De este modo, su obra se asentaba sobre bases sólidas y duraderas.

La Divina Providencia, que pone en los corazones de los santos deseos heroicos, les proporciona los medios para realizarlos. Llamados por el cielo a iluminar y fecundar las almas, jamás los abandona; a su alrededor se agrupan, en un momento dado, corazones que secundan sus propósitos. El P. Coindre comunicó su proyecto a sus más allegados colaboradores. Uno le confiesa sin rodeos que no siente atractivo por esa vida. El otro, llamado Guillermo Arnaud, se declara dispuesto a secundarlo: "Conozco el mundo, le dice; siento la necesidad de abandonarlo para siempre; lo que anhelo es consagrarme a Dios en la vida religiosa y entregarme por completo a la salvación de las almas". Ante palabras tan valientes y firmes, el P. Coindre le abraza y le dice, lleno de santo entusiasmo: "Serás el primer miembro de mi futura congregación".

A continuación le confía la dirección del Pieux-Secours y, después de darle órdenes y consejos, sale para participar en la misión de Saint-Etienne, una de sus más célebres, cumpliendo el compromiso contraído con anterioridad.

Meses antes, en el retiro de Belleville, un joven, Claudio Mélinond, le expresa sus deseos de mayor perfección cristiana e incluso el de abrazar la vida religiosa. Andrés Coindre que, tras varios sondeos había reconocido en su decisión buenas disposiciones para la virtud, le aconsejó y le exhortó a perseverar en su idea y le prometió recibirlo en el número de sus discípulos. Así lo hizo en esta ocasión y lo recibió en el Pieux-Secours poniéndolo como compañero de Guillermo Arnaud. Uno y otro fueron el basamento del edificio que el piadoso Fundador se proponía levantar. Digamos unas breves palabras sobre cada uno de ellos dos.

Guillermo Arnaud (Hno. Javier), nacido el 16 de abril de 1801, era oriundo de La Rochette, cerca de Gap (Hautes-Alpes). Dotado de juicio firme y práctico, de carácter bondadoso y decidido, fue a un mismo tiempo hombre de fe y de acción. Con su buen sentido financiero e incansable en el trabajo, prestó relevantes servicios a la nascente congregación, en especial cuando, viviendo circunstancias críticas, se daba por segura su desaparición. Como se verá más adelante, le fueron confiados cargos de responsabilidad que desempeñó con abnegación y entrega sobresalientes, dando a los hermanos ejemplo de todas las virtudes. Permaneció al frente del establecimiento de los Cartujos, como jefe de talleres o como director, hasta unos diez años antes de su muerte. Esta aconteció en Paradis, cerca del Puy (Haute-Loire), el 11 de mayo de 1861 a los 60 años de edad.

En cuanto a Claudio Mélinond (Hno. Francisco), había nacido en Vaurenard (Rhône) el 1 de marzo de 1799. Pacífico, acogedor, bueno, fue un religioso abnegado, humilde y con gran celo en la instrucción religiosa y salvación de las almas de los niños. Dirigió varios colegios del Instituto; entre otros, el de Saint-Chély-d'Apcher que él mismo fundó a fines de 1837. Murió en Paradis el 27 de diciembre de 1852 a los 53 años de edad.

En ese tiempo, en Valbenoîte, cerca de Saint-Etienne, en un local perteneciente al

cura de la parroquia, vivían de su trabajo siete jóvenes en perfecta armonía, Durante la misión que el P. Coindre predicó en Saint-Etienne se enteró de la existencia de ese pequeño grupo y fue a visitarlos. Después de conversar con ellos, y como no le desagradaran, los invitó a formar parte de su naciente congregación. Accedieron y se convino con el cura, el P. Rouchon, que se abriría una segunda escuela en Valbenoîte al fundarse el Instituto.

Todos se trasladaron a los Cartujos donde el P. Coindre los recibió con señalada cordialidad en la esperanza que llegarían a ser fervorosos religiosos y buenos educadores de la juventud.

Persuadido de que los principios de una obra marcan su futuro y le imprimen peculiar fisonomía, el santo Fundador reunió a todos sus hijos espirituales en los Cartujos para inculcarles alto concepto de la vida religiosa, de su vocación y de la excelsa misión que es la educación de la juventud. Eran diez y a todos les cambió sus nombres como era de rigor entonces. Helos aquí

Guillermo Arnaud	Hno. Javier
Claudio Mélinond	Hno. Francisco
Victor Guillet	Hno, Borgia
Francisco Porchet	Hno, Pablo
Antonio Dufour	Hno, Ignacio
Francisco Rimoux	Hno, Agustín

(Los cuatro restantes, como no perseveraron, no los han conservado los anales sus nombres.)

El retiro comenzó el 24 de setiembre de 1821 y el 30 de ese mismo mes, día de la clausura, el P. Coindre los condujo al santuario de la Virgen de Fourvière , patrona de Lyon, donde celebró la Santa Misa, los consagró a la Virgen María y puso su obra bajo su especial patrocinio. En esa fecha nace el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, conocidos en España con el nombre de Corazonistas.

Puesto el Instituto bajo la advocación del Sagrado Corazón, les dio por guía la Regla de san Agustín y, por Constituciones, las de san Ignacio de Loyola. Más adelante las elaboraría más en consonancia con su condición ya que el tiempo es un gran factor. Les dijo: "Para una obra naciente, la experiencia es la gran consejera para dictar los reglamentos más oportunos; así se evitan dudas y titubeos inoportunos. El porvenir todo lo solucionará; pensad que el buen Dios empleó seis días en deshacer el caos; se necesita del factor tiempo para que una comunidad nueva pueda asentarse sobre las bases que le son más convenientes y se precisa mucha paciencia y valor para vencer las dificultades".

Al igual que los fundadores de órdenes y congregaciones, el P. Coindre dotó a la suya de un hábito que le recordara siempre la sublimidad de su vocación y la magnitud de los deberes que le imponía, El objetivo era que al cambiar de nombre y de vestimenta aprendiesen a despojarse de las vanidades humanas y que al recibir el crucifijo el día de la profesión contrajesen la obligación de considerarla como "el libro maravilloso donde se compendia el Evangelio viviente" (Monseñor Freppel).

El hábito religioso, dice un piadoso escritor, es para el religioso un símbolo, una valla al pecado y una defensa (Armand Ravelet),

En un principio, el hábito de los hermanos fue muy sencillo: traje negro y sombrero de copa alta. Tres años más tarde se adoptó, después del retiro de Monistrol, en octubre de 1824, cuando ya habían pronunciado públicamente sus votos de religión, el nuevo hábito que, más o menos, era parecido al actual.

Antes de salir para la misión de Saint-Didier-sur-Rochefort, el P. Coindre, un mes después de haberlos reunido, distribuyó los empleos de la siguiente manera: director de la casa del Pieux-Secours, el Hno. Borgia; los HH. Javier, Agustín,

Francisco y Pablo, encargados de los talleres, de la instrucción y de la disciplina del alumnado del Pieux-Secours; el Hno, Ignacio fue nombrado director de la casa de Valbenoîte.

Se refiere en la vida de san Juan Bautista de La Salle que, para mejor estar en contacto con sus hermanos, renunció a la canonjía de Reims y se fue a compartir su vida. El P. Champagnat hizo otro tanto con los Hermanos Maristas. Los discípulos del P. Coindre no tuvieron esa suerte. Su Fundador caminaba de misión en misión; tenía esporádicas estadías entre ellos y, para colmo, su permanencia no era muy prolongada. Buscaba remediar la situación con su acostumbrada actividad; desde las misiones, de tiempo en tiempo, les hacía llegar cartas con las que los animaba y aconsejaba. Pero esas misivas no podían reemplazar la convivencia, ni los coloquios comunitarios, ni la acción de sus ejemplos y virtudes. Ha sido necesaria una clara protección de la Divina Providencia para que esta naciente congregación haya sobrevivido en las condiciones en las que se encontró durante los veinte primeros años de su existencia.

También es verdad que el abandono, los contratiempos y la pobreza de Belén son prenda de prosperidad y de futura expansión para toda familia religiosa.

Un piadoso escritor se expresa así a este respecto: "Todo cuanto atañe a los orígenes de una familia religiosa y debe perpetuar su recuerdo, encierra grandes e instructivas lecciones. Es bueno palpar cómo bajo el soplo de Dios, germina un pensamiento, se desarrolla después, vence los obstáculos, florece y finalmente, fecunda. Fácilmente somos propensos a persuadirnos que esos hombres son quienes todo lo han hecho cuando en realidad no son más que meros instrumentos en las manos de quien los dirige; pero cuando la obra perdura a pesar de los contratiempos y adversidades y el árbol ha crecido y se ha hecho grande y vigoroso, pródigo en hojas, flores y frutos, se goza con el pensamiento vuelto a los días en que una mano bendita lo plantaba temblando y entonces se experimenta, instintivamente, la necesidad de remontar el vuelo del agradecimiento hacia Aquel que, desde lo alto del cielo, le ha prodigado generosamente su rocío, su sol y sus lluvias" (P.Desgeorge),

Por culpa del cura párroco habían surgido dificultades en Valbenoîte. Invadiendo las atribuciones del P. Coindre, pretendía gobernar a los hermanos que atendían la escuela como si él fuera su verdadero superior. Se intercambiaron cartas pero no solucionaron el asunto. Muy al contrario, en lugar de atenerse a los sabios y prudentes consejos del P. Coindre, el cura párroco aconsejaba a los hermanos formaran una nueva congregación bajo su dirección. Tres de ellos siguieron este consejo. En cuanto al director, Hno, Ignacio, regresó a Lyon y le fue asignado otro trabajo. La tentativa del cura de Valbenoîte no fue feliz pues, entregados a opciones opuestas, los jóvenes se enfrentaron mutuamente, hubo roces, enfriamientos y decepciones. Al año siguiente, ante su impotencia, el P. Rouchon quiso unirlos a los del P. Champagnat, establecidos en Lavalla. Tampoco tuvo éxito yesos jóvenes abandonaron la escuela y se dispersaron por otros caminos.

Estas decepciones apenaron al P. Coindre pero su alma permaneció en calma, serena y resignada. La profunda vivencia de la fe y su gran confianza en Dios le hicieron superar las dificultades; eso sí, le sirvió para redoblar esfuerzos. Interesado por la supervivencia de su congregación, echó mano de todos los resortes durante sus misiones con el fin de conseguirle nuevas vocaciones. Y su alegría fue inmensa cuando, en poco tiempo, seis aspirantes se presentaron como candidatos a la vida religiosa. Estos fueron:

Luis Casset, Hno. Antonio

Juan María Rey, Hno. Bartolomé

Claudio Putet, Hno. Benito
Bernardo Dupraz, Hno. Bernardo
Pedro Julien, Hno. Buenaventura
Luis Bressan, Hno. Luis

Animado con los primeros éxitos, y viendo prosperar su obra y con abundante fruto entre los niños admitidos, el P. Coindre llamó nuevamente a las puertas de la caridad pública. Anunció en todas las parroquias de la ciudad que pronunciaría un sermón especial, llamado de la "Caridad", en la iglesia de San Francisco. Las almas buenas que admiraban su ardor y sacrificios respondieron generosamente. El importe de la cuestación fue satisfactorio. Además, a propuesta del Sr. Casati, pocos días más tarde, se abrió una suscripción. Merced a la actividad de la comisión que se formó ad hoc, el P. Coindre contó con recursos suficientes para incrementar el alumnado y establecer nuevos oficios. Ese comité siguió funcionando durante varios años recolectando las aportaciones fijas que algunos se habían comprometido a entregar anualmente.

Llegamos ya al día en que el Padre Fundador, para mejor atender sus obras, se vio forzado a retirarse de la sociedad de los Cartujos. Era el mes de junio de 1822. Al igual que varios de sus compañeros, no se había comprometido con ningún voto pues siempre anheló conservar plena libertad de acción para mejor atender a sus familias religiosas; la organización y crecimiento de la obra le hicieron obrar así,

Por otra parte, su espíritu exaltaba de gozo recordando los días pasados en los Cartujos en compañía de excelentes compañeros que tanto habían contribuido a su perfeccionamiento sacerdotal. Algunos de sus colegas, por el brillo de sus talentos, fueron llamados al episcopado.

Parece que al mismo P. Coindre le ofrecieron un obispado, pero prefirió dedicarse a su trabajo de misionero y al cuidado de sus comunidades.

Como dato curioso, he aquí los nombres de algunos compañeros de misión del P. Coindre y el alto grado que alcanzaron dentro del episcopado francés:

El Cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos
Monseñor Mioland, arzobispo de Toulouse
Monseñor de La Croix d'Azolette, arzobispo de Auch
Monseñor Lyonnet, arzobispo de Albi
Monseñor Coeur, obispo de Troyes
Monseñor Dufêtre, obispo de Nevers
Monseñor Rossat, obispo de Gap

En cuanto al P. Coindre, trabajar en el ministerio de la Palabra para santificar las almas y prestigiar la religión, formar juventudes para el estado sacerdotal y maestros religiosos para las escuelas fue su única ambición, la dominante de toda su vida sacerdotal así como, también, la mayor y más dulce satisfacción que su corazón apostólico anheló vivir y la única recompensa en este mundo como mérito a sus renovados esfuerzos y labores.